



Lamentando que Hans Magnus Enzensberger no esté en Collobrières

Manuel Scorza

1973

Los mayas que abandonaban sus ciudades prodigiosas
cada cincuenta y dos años
porque por desconocidas razones
todos los katunes esperaban el fin del mundo,
no develan jamás sus verdaderos nombres.

☐Correrían el riesgo de que les robaran el alma!

Los mayas honraban, sin embargo, a los "maestros
de las palabras".

Placenteramente

ofrendaban

cacao, moneda preciosa,

a los forjadores de palabras

más resistentes que las piedras de sus pirámides
abolidas.

☐Ensalcemos la poesía, ensalcemos el amor,
ensalcemos la amistad!

Lástima, Hans Magnus, que no estés
en la corola de este verano

en cuya terraza

caminan Cecilia y Sofía mejores que esas uvas

pero no que mi hija

que tiene cien días

y que durará más que el gobierno de Napoleón.

☐Celebremos la poesía, celebremos el amor,
celebremos la amistad!

La vida es breve.

"La vida pasa como las islas Azores", se lamentaba
Maiakovski.

¿Y qué más da?

Acepto que mi cuerpo

sea banquete de coleópteros,

a condición de transformarme

en árbol

y luego

en mariposa

y luego

en liquen

y luego en luz.

Hay una mosca que olfatea desde cinco kilómetros
el olor de la muerte

y vuela

recta al lecho de los agonizantes.
Está bien.
❑ Pero también hay el sol,
el vino
y el cuerpo de nuestras mujeres!
Y nuestro oficio: juntamos palabras.
La palabra
es un torreón
desde donde se vigila
tenazmente la noche
y entre tanto llega la hora del combate,
como en todas las guarniciones
jugamos naipes, bebemos, fornicamos, nos reímos
a gritos del frío
que un día entrará por esa puerta agitando su bastón
de mariscal.
Hoy caminaremos por el bosque, buscaremos
una guitarra,
nos bañaremos en estanques prohibidos.
La vida es una mierda, la vida es sublime.
Y Cecilia y Sofía lo saben.
Y más que nadie mi hija
que tiene los ojos rasgados,
los ojos de su bisabuelo mongol que tiritando cruzó
el estrecho de Behring
más que en su iglú calentándose
con los fuegos que encendían sus juntadores de
palabras.
❑ La palabra!
Eso asombró al gran Atahualpa.
Cuando Hernando de Soto se le abalanzó al galope y
detuvo su caballo a un metro de su sagrada persona,
el Divino no se movió
y luego mandó ahorcar
a los cobardes que del prodigioso monstruo escaparon
como plumas de gallina
pero cuando conoció los libros,
"los papeles que hablaban"
desfalleció.
Lástima, Hans Magnus,
que no estés con nosotros
mordiendo no duraznos sino enigmas,
o recorriendo
tu infancia
o mi infancia
o simplemente oyendo el viento
el viento que se llevará las murallas,

los hombres, las bestias, las palabras, los sueños.